

morística» y, a su vez, un cierto desparpajo expresivo que no tendría lugar si se hubiera situado en el hoy presente. Este capítulo, además, resulta ilustrativo para conocer algunas de las interioridades de *Tiempo de silencio*, por ejemplo personajes y lugares reales que le sirvieron de inspiración, al tiempo que da a conocer aspectos concretos de la formación intelectual del novelista desaparecido.

No queremos terminar esta reseña sin aludir a un aspecto estilístico de este escueto volumen que nos ha llamado la atención: sin ser un libro de Memorias, no excluye un cierto tono confidencial al que Benet nos tiene desacostumbrados como lectores. El vocabulario es próximo y la sintaxis fluida; de aquí la agilidad de su lectura. Pero Benet no ha olvidado totalmente su barroquizante forma de narrar, puesta de manifiesto con abundantes guiones con los que trunca el discurrir narrativo y con amplios paréntesis —alguno de los cuales ocupa más de una página— en los que encierra anécdotas, incisos y comentarios.

Con todo, en esta ocasión Benet nos ha dejado una obra en la que nos informa, desde su posición de testigo, cronista, amigo y sujeto, de un ambiente, de una década y de unos personajes con los que reconstruye un panorama generacional que discurrió en el Madrid de los años cincuenta. Muchas de las interioridades sociológicas de aquel Madrid, y notas biográficas propias y de otros personajes, sin este menudo volumen, hubieran quedado en el silencio del anonimato.

Juan José Fernández Delgado

Píndaro y la Biblioteca Clásica Gredos

Desde la primavera de 1977 hasta el invierno de 1985 han visto ya la luz más de setenta tomos de la Biblioteca Clásica Gredos, un singular proyecto editorial digno de los mayores elogios. ¿Qué significa, aquí y ahora, el hecho de que una firma como Gredos se haya propuesto agrupar en una colección cuanto de inolvidable y permanente atesoraron, desde sus orígenes y hasta el Medievo, las letras griegas y romanas? En principio, es un signo de valentía. La empresa aspira a la exhaustividad, y para ello se necesita una programación a largo plazo, con los riesgos económicos subsiguientes. Si, ade-

más, se pretende ofrecer al público unas versiones castellanas absolutamente fiables, así como unas introducciones y un aparato exegético tan rigurosos como asequibles al lector culto en general, la tarea adquiere unos niveles de complicación aún mayores.

Pues bien, en lo que atañe a los volúmenes ya publicados, hay que decir que Gredos ha resuelto con éxito las dificultades, dándonos una imagen muy fiel de los objetivos de su Biblioteca Clásica, cuya sección griega asesora Carlos García Gual, corriendo a cargo de la tutoría de Sebastián Mariner la sección latina. Advirtamos la importancia que tiene, para todo escritor en lengua castellana, el disponer de una colección completa de autores clásicos en versiones llevadas a cabo por los mejores especialistas y cuidadosamente revisadas, y el que en esas versiones se transcriban correctamente, de una vez por todas, los nombres grecorromanos, y el que esa colección se autodefina como *corpus* íntegro de las literaturas del mundo clásico.

Hay que alabar también la excelente presentación externa de la serie, factor en modo alguno despreciable, toda vez que no siempre aparecen unidas las respectivas calidades de continente y contenido. Todas las obras llevan al margen la numeración tradicional común a todas las ediciones del texto original, lo que hace localizable con precisión cualquier cita y facilita el manejo y utilización de la Biblioteca. La edición base de cada traducción es siempre la más autorizada y competente. Las introducciones constituyen un *status quaestionis* actual y ponderado de la materia o autor objeto de estudio, y van dirigidas al público culto en general, no al especialista. Glosarios e índices acompañan el texto, ayudando al lector a una mejor comprensión del mismo y sirviendo de complemento exegético a las notas a pie de página. Al final de los prólogos figura una bibliografía, puesta al día, pero no exhaustiva ni fatigosa, para facilitar pesquisas e investigaciones futuras. No hay detalle, en suma, que le falte a esta Biblioteca Clásica Gredos.

Citaré, como referencia de actualidad, los últimos volúmenes aparecidos: la *Constitución de los atenienses* de Aristóteles, al cuidado de Manuela García Valdés, constituye el tomo LXX; el LXXI es la *Farsalia* de Lucano, en versión de Antonio Holgado, y el LXXII *De República* de Cicerón, a cargo de Alvaro d'Ors; LXXIII y LXXIV son los dos primeros volúmenes de la *Historia antigua de Roma* de Dionisio de Halicarnaso, con introducción general de Domingo Plácido y versiones de Elvira Jiménez, Ester Sánchez, Almudena Alonso y Carmen Seco.

¿Títulos a destacar entre los que ya han visto la luz? La mayoría. Pero hoy quisiera referirme tan sólo a las traducciones en verso. Los epigramas helenísticos de la *Antología Palatina* constituyeron el volumen VII (Madrid, 1978) de la B. C. G., y fue Manuel Fernández-Galiano, príncipe de helenistas, el encargado de traducir e introducir el tomo. La versión de Galiano era rítmica, vulnerando la norma de la Biblioteca, que preceptúa sean en prosa las traslaciones. Otra excepción será una *Alejandra* de Licofrón, vertida en alejandrinos (en curiosa y perfecta adecuación del metro al rótulo de la obra) por el propio M. F.-G., que no tardará en salir de las prensas. Escapa también a la normativa el volumen XLVIII de la serie: una espléndida *Odisea* traducida en verso castellano por José Manuel Pabón, según sistema rítmico inventado por él. El LXVIII es una versión en ritmos libres de Píndaro llevada a cabo por Alfonso Ortega, profesor de la Uni-

versidad Pontificia de Comillas en Salamanca. A este último libro me referiré a continuación con algún detenimiento.

«A ningún traductor de una obra griega cuadrá más rectamente la afrenta de *traditor* que a quien se atreva a traducir a Píndaro» (Ortega, «Introducción general», p. 61). Hacia 1800 comienza Hölderlin en Tubinga su traducción de las *Píticas* del poeta tebano; tal vez haya sido esa versión el experimento literario más importante del pindarismo europeo. En España hemos tenido que esperar a 1984 para encontrar las dos traslaciones pindáricas al castellano más relevantes hasta la fecha: la de Ortega que nos ocupa (Madrid, Gredos, 1984, 386 pp.) y la de Pedro Bádenas y Alberto Bernabé (Madrid, Alianza Editorial, 1984, 312 pp.). En el volumen de la B. C. G. se incluyen las odas completas (*Olimpicas, Píticas, Nemeas e Istmicas*) y los fragmentos; el tomo de Alianza se limita a ofrecer las odas o epinicios en su integridad, sin los fragmentos, pero inserta a cambio un índice de nombres propios (pp. 291-308) del que carece la versión de Ortega. Ambos libros sitúan al comienzo de cada pieza pindárica una introducción parcial a la misma que centra el mito-núcleo del epinicio y su relación con el personaje celebrado por el poeta; estas introducciones son más largas en el libro de Bádenas y Bernabé, debido a que se contienen en ellas materiales exegéticos que Ortega ha preferido presentar al lector en forma de notas a pie de página.

Mientras que Ortega adopta un metro libre en su traducción, Bádenas y Bernabé utilizan la prosa. Por ello, y por la notable diversidad de sus resultados en castellano, ambas versiones son compatibles y no hay por qué elegir entre una o la otra, polemizando inútilmente. Muchos poetas hay en Píndaro, y cada traducción resucita una máscara distinta. Partiendo del conocimiento directo de la lengua griega —mínimo exigible que no siempre se cumple en España a la hora de verter al español autores helénicos— y de una expresión castellana limpia y decorosa, no es fácil condenar versión alguna por ausencia de méritos o virtudes.

La «Introducción general» de Ortega es un modelo del buen hacer filológico. Hay epígrafes para la vida del poeta, su educación y primeras obras, Píndaro en Sicilia, plenitud literaria, el mundo histórico de Píndaro, la lírica coral, los Juegos, la obra pindárica, los elementos de su poesía, la *Weltanschauung* de Píndaro, su lengua y estilo, su métrica, la transmisión del texto y la supervivencia del poeta de Tebas. En páginas 62-63 se incluye una tabla cronológica de los epinicios (aportada también por Bádenas y Bernabé en su edición, p. 35). La lectura del estudio preliminar de Ortega resulta, en fin, plenamente satisfactoria. Con estilo elegante y claro, el profesor de Salamanca nos dibuja en la mente una imagen nítida y sugestiva del hombre que compuso aquel verso inmortal, «¡Sueño de una sombra es el hombre!» (*Píticas*, VIII, 96), que resonaría más tarde en un célebre parlamento del Próspero shakespeariano y, aún más tarde, en labios de un investigador privado llamado Spade al final de *El halcón maltés*. Que no es poco ofrecer imágenes ajustadas en esta película borrosa que amenaza con disolverse y que algunos, paradójicamente, se obstinan en llamar «cultura». Bien por Alfonso Ortega y por su prólogo comedido y exacto. (La traducción de Bádenas y Bernabé va también precedida por valioso texto introductorio, citándose con detalle las diferentes traducciones de Píndaro al español en pp. 29-30).

Píndaro es la clasicidad, el Partenón y sus metopas. De eso no cabe duda. Y, sin

embargo, a mí, que siempre he apostado por lo clásico, Píndaro no me gusta nada. También el clasicismo puede ser grandilocuente y enfadoso. El autor de los *Epinicios* pretende que el lector lo siga en sus monumentales digresiones y, para colmo, finge no sé cuál actitud sagrada o numinosa que me resulta desagradable. Pero ni Píndaro ni Alfonso Ortega tienen, desde luego, la culpa de este rechazo mío, a todas luces inconfesable.

Luis Alberto de Cuenca

Una novela histórica*

La Guerra de la Independencia ha servido de marco a varias narraciones publicadas en nuestro país en los últimos años: la meritoria *Pamela* de Joan Perucho (1983), una novela corta de Fernando Díaz-Plaja titulada *Miguel, el español en París* (1985), tan desafortunada como bellamente impresa, que desborda en su cronología el ámbito de la guerra; *Yo, el Rey*, la laureada obra de Vallejo-Nájera (1985), y, cerrando provisionalmente esta relación, *El bobo ilustrado*, del polifacético Gabriel y Galán. Todos estos autores, salvo Díaz-Plaja, resisten con éxito la tentación de secundar a los grandes modelos de nuestra narrativa histórica: sea la epopeya *garbancera* de don Benito Pérez Galdós, sea el individualismo voluntarista y cínico de los héroes de Baroja.

Es cierto, no obstante, que a la obra de Gabriel y Galán se le podría atribuir una remota influencia barojiana. Como en las aventuras de Aviraneta, en *El bobo ilustrado* se ventila fundamentalmente un conflicto entre el individuo y su época, que presiona al personaje a través de su conciencia social y de unos acontecimientos políticos extraordinarios, que requieren de él una respuesta perentoria. La coincidencia termina ahí, porque ni la estructura de este relato ni la actitud de sus personajes ante el momento histórico guardan relación con el modelo barojiano.

Protagonizan esta obra un aristócrata madrileño, el marqués de Monteyermo, y un oscuro funcionario, redactor de la *Gaceta de Madrid*, llamado Pedro de Vergara, hombres ambos de ideas ilustradas y vinculados de distinta forma al aparato del poder. La

* José Antonio Gabriel y Galán, *El bobo ilustrado*, Tusquets Editores, Colección Andanzas, Barcelona, 1986.